

## El catolicismo español



S. G. PAYNE

### **El catolicismo español**

Planeta Barcelona 2006. 384 págs.

No por repetida en numerosas ocasiones, una afirmación acaba siendo verdadera. Parece, sin embargo, que a fuerza de reiterar algunas explicaciones sencillas y aparentemente coherentes sobre los hechos del pasado, éstas pueden llegar a convertirse con facilidad en patrimonio del discurso público, dándose por hecho su condición de verdades objetivas. Y a fuerza de perpetuarse como elementos imprescindibles para el análisis histórico, pocos llegan a preguntarse por su solvencia, trampa muchas veces inconsciente a la que no escapan ni siquiera los especialistas. Un lugar común, por ejemplo, de la historia contemporánea es el de las pésimas condiciones de vida y salarios que trajo consigo la primera industrialización inglesa y cómo, al parecer, la modernización económica alejó a los individuos del supuesto paraíso de felicidad y prosperidad que constituía la vida en el campo. Poco importa en este caso que el sentido común nos advierta sobre el peligro de

idealizar la durísima vida rural en el mundo del Antiguo Régimen, y no parece tampoco que haya tenido efecto en la versión divulgativa de la historia contemporánea el hecho de que algunos historiadores de la economía hayan explicado, con datos de por medio, que ni las condiciones de vida ni los salarios fueron necesaria y regularmente peores como resultado de la industrialización inglesa.

Algo parecido ocurre con la versión más extendida acerca del papel del catolicismo en la historia de España. Es un lugar común, y no sólo entre el público más o menos culto situado a la izquierda del mapa político, la idea de que hasta hace bien poco, casi hasta la llegada de nuestra actual democracia, la Iglesia católica ha disfrutado de un poder tan extraordinario que no habría habido aspecto, no ya de la vida social o cultural, sino de las decisiones de los gobiernos, que no estuviera influido de una u otra forma por los intereses de aquélla.

RESEÑAS

### *Cuadernos de pensamiento político*

En resumen, que el catolicismo habría sido siempre y de una u otra forma un Estado dentro del Estado que habría impedido, dados sus intereses reaccionarios, la modernización del país. En ese sentido, puesto que la Segunda República no pretendía otra cosa que democratizar y modernizar el país a base de reformas económicas, sociales y educativas, entra dentro de toda lógica que los católicos y su poderosa Iglesia, enemiga acérrima de la República, se levantaran contra ella y respaldaran a Franco tras el golpe de Estado de julio de 1936 y el comienzo de la guerra. No hay duda, al respecto de estas consideraciones tan eficaces como simples, que la historia reciente de la vida política española tiene mucha culpa de la popularidad de este tipo de análisis. Obviamente, la asociación de franquismo con nacional-catolicismo –que produjo, como señala Payne en la página 227, «al menos durante un decenio, la más notable restauración tradicionalista, religiosa y cultural que se haya visto en el siglo XX en cualquier país europeo»–, aun cuando responda sólo parcialmente a la realidad de la dictadura, ha sido fundamental para divulgar no ya una imagen negativa sobre el catolicismo, sino para extrapolar de forma sorprendente la realidad de la España de la segunda mitad de los años cuarenta y primeros cincuenta a circunstancias históricas anteriores bien diferentes. Parece como si el franquismo hubiera venido a confirmar la natural e indiscutible relación de subordinación del Estado a la Iglesia católica que durante siglos, y especialmente desde los tiempos de los Reyes Católicos y la

política católica e imperial de Felipe II, habría sido responsable del atraso cultural, político y económico del país. Por supuesto que la relación Iglesia-Estado durante el franquismo es bastante más compleja de lo que esa idea sugiere, pero el hecho cierto es la asociación inmediata de ideas que, de una u otra forma, ha producido efectos perversos en el análisis histórico.

Nada más provechoso para distanciarse críticamente de esos lugares comunes sobre el papel del catolicismo en la historia de España que repasar algunas de las últimas aportaciones que se han hecho sobre la relación entre política y religión en la España contemporánea, amén de acercarse con cierto afán de dejarse sorprender al mundo, no siempre apasionante, de la vida política durante la larga dictadura franquista. Pero eso, que puede ser tarea sólo para un especialista, bien puede ser sustituido por la atenta lectura de una buena síntesis. Ése es, sin duda, uno de los méritos principales del libro que el hispanista norteamericano, el profesor Stanley G. Payne, escribió a mediados de los años ochenta: una meritoria síntesis de lo que ha sido el papel del catolicismo en la España del último milenio. Ahora, por suerte para los que no lo hubieran comprado entonces, Planeta, con muy buen criterio, ha vuelto a editarlo, añadiéndole un interesante epílogo del autor sobre el catolicismo español durante las dos últimas décadas del siglo XX; una reedición, por cierto, en la que no hubiera estado mal una actualización de la bibliografía que hubiera incluido alguna de las monografías im-

prescindibles que se han publicado en los últimos años.

Payne no oculta, sino todo lo contrario, la tesis fundamental que sostiene su análisis del papel del catolicismo español, una tesis que, significativamente, no hace sino poner en entredicho esa versión a la que nos referíamos más arriba. «Se ha acusado a menudo al catolicismo español —escribe el autor nada más empezar— de ser teocrático, de dominar el Estado, aunque se está más cerca de la verdad si se señala que en periodos importantes de la historia de España la Iglesia se vio dominada por un Estado oficialmente ultracatólico» (página 8). Primera idea que debiera tener efectos inmediatos sobre los tópicos asentados y de la que se desprende inmediatamente una duda importante: ¿un Estado confesional para dominar a la Iglesia? La paradoja, sin embargo, no es tal. Basta con tener en cuenta que la subordinación del poder temporal al espiritual no fue siempre lo que las etiquetas y los procedimientos pudieran sugerir, sino que en su afán de controlar a la Iglesia era preferible contar con una Iglesia dentro del Estado que no con una Iglesia independiente. Las autoridades eclesiásticas, por supuesto, trataron siempre de ejercer su influencia en la toma de decisiones del poder político, pero, lejos de conseguir la asociación y subordinación que en algún momento les hubiera gustado, hubieron de resignarse en muchos casos a tolerar la injerencia del poder temporal en asuntos espirituales a cambio de no renunciar plenamente a su autonomía. La idea capital, por tanto, es que las relaciones entre la Iglesia católica y el poder político en

España estuvieron sometidas siempre a una tensión hasta cierto punto irresoluble. De hecho, como bien señala Payne, la historia del catolicismo español estuvo marcada, además de por su fuerte y constante peculiaridad, dentro de su pertenencia al catolicismo europeo occidental, por una pugna persistente entre las autoridades religiosas y el poder civil, no resuelta hasta mucho más tarde que en otros países occidentales, y es posible que ni siquiera cerrada de forma definitiva, como ponen de relieve los últimos conflictos surgidos en el primer lustro del nuevo siglo XXI a propósito de la instrucción religiosa en las escuelas públicas o la equiparación del matrimonio a la unión civil entre homosexuales.

Las peculiaridades del catolicismo hispano no han sido pocas, derivadas de hechos singulares a la vez que capitales, como la Reconquista («El efecto principal de la confrontación musulmana con la sociedad hispanocristiana —escribe Payne en la página 36— no fue una orientalización de ésta, sino más bien el desarrollo de una subcultura característicamente hispanocristiana dentro de la civilización occidental, una subcultura cuyas actitudes y valores fueron moldeadas no por el Islam, sino por siglos de guerra y confrontación»), el papel desempeñado por la monarquía hispana en la Contrarreforma o el nacimiento del liberalismo español en una situación de guerra nacional de independencia y bajo una gravísima crisis de autoridad. Con todo, y pese a esas peculiaridades, lo que el estudio de Payne pone de relieve, esto es, la pugna constante entre Estado e Iglesia, y la costosa

RESEÑAS

### *Cuadernos de pensamiento político*

y progresiva victoria del primero, son, en verdad, rasgos habituales en la historia de los países de la Europa occidental. Incluso en tiempos de los visigodos, antes de la invasión musulmana, era el Rey el que podía presumir de «mano férrea» en su relación con la Iglesia. Ésta le dio al reino visigodo un «Estado», en el sentido de un marco de relaciones jurídicas; y los «concilios» definieron una política religiosa en términos nacionales. Pero la Corona, como explica Payne, controló siempre la designación de cargos eclesiásticos y su voluntad prevaleció en la mayor parte de los conflictos administrativos o políticos.

Visto en perspectiva histórica, lo que caracterizó a la Europa cristiana —y, por tanto, a España— no fue la subordinación de la sociedad a la religión o la formación de regímenes teocráticos, sino la lucha abierta entre el Estado y la Iglesia en defensa de su respectiva independencia, con el resultado final de la afirmación indiscutible de la autonomía del primero y, por tanto, la paulatina expansión de la tolerancia y la libertad religiosa. En ese sentido, los Estados liberales que siguieron a la edad de las revoluciones, no hicieron, en cierto modo, otra cosa que culminar con éxito, aunque no sin dificultades —y en distintos momentos y por diferentes procedimientos, según las peculiaridades del contexto al que hubieron de enfrentarse—, una corriente bien antigua que conducía a la autonomía indiscutible del poder temporal. La libertad, como explicó Lord Acton, no era compatible, en ningún caso, con la confusión de esferas. Eso, en Europa y en España, antes o después, fue bien

comprendido. La lectura del libro del profesor Payne aporta datos y análisis esclarecedores de ese proceso.

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

## Identidades proscritas

JUAN PABLO FUSI

### **Identidades proscritas**

Seix barral. Barcelona, 2006. 350 págs.

Aunque toda la literatura sea mentira, como tantas veces nos ha contado el gran maestro de las letras hispanas de hoy, Mario Vargas Llosa, la auténtica, la buena, es siempre una mentira verdadera, es decir, una mentira en la que van envueltas algunas de las verdades de nuestra vida, una confesión secreta donde el dolor y el amor, la soledad, la perplejidad, el asombro, se alían bajo los hilos aparentes de lo que puede presentársenos como el relato objetivo de otras vidas o como esa sentimental invención de la propia en que consiste la poesía. Y a esta «verdad de las mentiras» no son ajenos, en modo alguno, ni el ensayo ni el relato supuestamente objetivo de la Historia. Ya nos enseñaba, hace muchos años, Miguel Espinosa, el autor de la prodigiosa *Escuela de Mandarines*, que la mera selección de la realidad era en sí misma una confesión por parte del autor, una posición ante lo que se iba a contar, casi el cuento mismo.

Eso es lo que ha hecho Juan Pablo Fusi para sus *Identidades proscritas*: seleccionar algunos países, regiones o comunidades agitados por escisiones identitarias, para trazar con ellos un relato ejemplar sobre cómo el nacionalismo opera en las sociedades de las que se adueña. Pero sobre todo para demostrar que en esas mismas sociedades, cuya imagen ha sido completamente ocupada por el nacionalismo y sus desdichas, conviven —o lo intentan— otras «identidades proscritas»: individuos y fuerzas políticas, sociales o culturales que resisten al aplastamiento a que el nacionalismo (precisamente por ser una voluntad y exigencia de identidad, de lo idéntico, aunque sea a la fuerza) somete cuanto toca. Es decir, para abundar, con el mismo rigor documental que caracteriza al conjunto de su obra, en la existencia de esas *ovejas negras*, de tantos «juanpablofusis» de amor indiscutible hacia su tierra, pero que se niegan a hacer de ese sentimiento la única referencia de su acción política, el único objetivo de la misma.

Por eso, a pesar de la sobriedad de la prosa, digamos que profesional, de un autor con bien ganada fama de ecuanimidad, de su voluntad *científica* en tanto que historiador, terminada su lectura no podemos evitar la sensación de haber asistido a una búsqueda personal, a un denodado empeño por hallar sentido a un absurdo que ha marcado la vida de Fusi y de la sociedad, el País Vasco, a la que pertenece, que la ha destruido y amargado sin que se pueda encontrar una verdadera razón para ello. En suma, *salimos* del libro con la sensación de haber asistido a una íntima confesión de dolor

ante lo irracional. Y de confusión, de imposibilidad de entender en plenitud cómo pudieron llegar hasta el espanto por poco más, en el caso vasco, que unos agravios agigantados, la boina simbólica de una identidad *en peligro*, que no es otra cosa que una terca resistencia al cambio histórico. Como si las estupideces de Arana hubieran provocado una bola de nieve, casi un (trágico) juego de niños, que habría terminado por engullirlos a todos.

Desde ese estupor, el libro de Fusi se erige en un camino de salvación, en un peregrinaje intelectual que le justifique en su no nacionalismo, un viaje para encontrar argumentos contra aquellos que, con seguridad, le acusan de traidor, de no amar suficientemente a su tierra por no hacer de ese amor una habitación cerrada. Por ser una oveja negra como la que, significativamente, ocupa la cubierta del libro. El icono de todos los que en medio del nacionalismo han optado por salirse del rebaño: los Juaristi, Azurmendi, Buesa, Ezquerria, Ladrón de Guevara, Boadella, Espada, De Carreras, Vázquez-Rial, Ibarrola, Pepe Domingo, Gotzone Mora, Pagaza, San Gil, Ana Iríbar, Francisco Caja, Josefina Albert, Marita Rodríguez... y tantos otros proscritos en esta España que ha decidido refugiarse en los agujeros negros de unas identidades jibarizadas, concebidas, en efecto, como la sola comunión de los idénticos. Con sólo reparar en el significado del Sinn Fein (Nosotros solos) bastaría para entender lo siniestro y estúpido, lo reaccionario y xenófobo, la desconfianza en el hombre que se oculta siempre bajo el nacionalismo.

RESEÑAS

## *Cuadernos de pensamiento político*

Seis son los territorios, regiones, países, pueblos o tribus en general sobre cuya trayectoria histórica, a la búsqueda de la nación que nunca habían sido o de la que habían dejado de ser mucho tiempo atrás, Juan Pablo Fusi ha construido su fresco: el País Vasco, Irlanda, Escocia, Sudáfrica, los judíos y el sionismo, y Québec-Canadá. Y del análisis de situaciones en principio tan distintas, obtiene, sin embargo, conclusiones ejemplares:

1º El nacionalismo divide aquellas sociedades en las que acaba por prevalecer. «Factor de división», lo llama. Es más, sólo dividiéndolas consigue ese predominio, sólo agitando a un enemigo imaginario o real se justifica a sí mismo como defensor de la identidad, un enemigo que ya no es sólo exterior, sino también interior, el peor de todos: aquel al que hay que presentar como renegado, oveja negra ‘españolista’, angloirlandés, antisionista o clandestino antiafrikaner... Por tanto, lo que aporta el nacionalismo allí donde se impone es enfrentamiento, una batalla ideológica que suele llevar al retroceso de la libertad o a la violencia cuando los identitarios se empeñan en imponer su *realidad* nacional a todos los demás. Que ha sido casi siempre. La partición de Irlanda es su metáfora y su gran lección: la de que ceder a las independencias identitarias no es nunca una solución, sino el principio de otro problema, de otra división, llámese el Ulster o Navarra y Álava.

2º El nacionalismo amputa, saja, esconde, niega toda realidad cultural o histórica, toda tradición verdadera que no se ajuste a la imagen inventada que nece-

sitan para convencer de una homogeneidad ficticia, de esa cohesión identitaria depurada de todo rasgo ‘extranjerizante’, y mucho más si son los rasgos del ‘opresor’. El nacionalismo, por naturaleza, es enemigo de la pluralidad. Ninguna España menos plural, pues, que la ‘nacionalizada’ de ZP. El libro está especialmente dedicado a dar cuenta de esas ocultaciones culturales y políticas: de la gran literatura irlandesa y escocesa en inglés, de la condición española (que no es lo mismo que castellana, aunque los nacionalistas necesiten confundir ambas cosas) de la literatura vasca, de la diversidad étnica y lingüística de Québec, de la que fuera voluntaria integración judía en los países occidentales como alternativa al sionismo, de la existencia de comunistas y liberales *antiapartheid* entre los blancos sudafricanos... En fin, de todo aquello que estorbaba para las «construcciones nacionales» respectivas, de todo lo que se oponía a los mitos de unas sociedades que en el ensueño nacionalista aparecen inamovibles, eternamente iguales a sí mismas.

3º El nacionalismo sojuzga casi por naturaleza, puesto que hace del sentimiento de arraigo, del reconocimiento obligado en lo próximo, un proyecto de dominación política, contrario, *necesariamente*, a una libertad individual para elegirse a uno mismo que dejaría sin fundamento ese dominio.

4º Y, como consecuencia inevitable de ese proceso de *depuración*, de cierre ni siquiera sobre sí mismo, sino sólo sobre la parte conveniente como *nacional* de su personalidad, lo que produce son



sociedades arcaizantes, conservadoras en lo peor, puritanas y ancladas en un pasado que nunca existió. Como la Irlanda de casi todo el siglo XX, como el Québec monolingüe de los nacionalistas francófonos, la Escocia mítica que nunca hubiera pasado de la falda de haber caído en manos de sus mistificadores o el Euskadi desindustrializado de las vaquitas euskaldunas, que sobrevive gracias a los privilegios del Concierto económico.

*Identidades proscritas* resulta, pues, un interesantísimo repaso a algunos de los principales puntos calientes del nacionalismo en el mundo, con la finalidad ya apuntada de demostrar que es frecuente encontrar en esas sociedades a multitud de no nacionalistas, muchas veces los mejores; que las *ovejas negras* no son excepciones, sino grupos o importantísimas minorías excluidas y silenciadas; que hay, incluso, una posible *nación* sin Estado (aunque sea un concepto imposible, un oxímoron: no hay naciones sin Estado porque las naciones modernas son políticas o no lo son), que lo tuvo en el pasado antes de integrarse en el Reino Unido, una *nación* no nacionalista a la que Fusi propone, sin decirlo, como

modelo para tantas otras *naciones* (todos sabemos cuáles) que, con muchos menos motivos para la reivindicación, se empeñan en negarse a sí mismas lo que Escocia representa: la realidad armónica de las identidades concéntricas, la de un país al que su unión con otros hizo más fuerte, y en el que la lealtad británica en nada interfiere, sino al contrario, con el patriotismo escocés. Alguna vez tendremos que escribir sobre las diferencias entre nacionalismo (división, amputación, invención mítica, opresión y retroceso) frente a ese concepto también desdichadamente proscrito en todas las Españas que es el patriotismo.

No obstante, este cumplido objetivo del libro que es su fuerza y su virtud, el de presentar la realidad generalizada y deseable del no nacionalismo, constituye para nosotros también su principal debilidad. Un defecto que creemos inconsciente en Fusi, acaso derivado de la propia «selección de realidad» de que hablábamos al principio de estas líneas, de su tono comedido y estilo profesoral y, sin duda, del respeto que siente por el nacionalismo, con el que, al fin, ha crecido y convivido y al que se esfuerza por comprender. Un respeto —desde nuestro punto de vista, que no le tenemos ninguno— excesivo. Acaso aquí hallemos una de las principales lecciones de la obra de Fusi: la casi imposibilidad de sustraerse al secuestro que produce el nacionalismo, y que no sólo está relatado en el libro, sino que *es* el libro mismo, hasta llegar a esta especie de síndrome de Estocolmo indirecto que apreciamos en un Fusi atenazado en su

RESEÑAS

### *Cuadernos de pensamiento político*

alegato, demasiado pendiente, en efecto, de justificarse. Seguramente, quienes no lo hemos padecido no estamos en condiciones de juzgar ni entender plenamente lo que debe ser la vida en medio de una realidad social ocupada por la obsesión nacionalista, por si me habrá levantado suficientemente vasco o catalán o gaélico esta mañana, si estará en peligro mi lengua –en individuos, por cierto, bilingües, y hasta monolingües de la lengua que odian– o si los españoles, los ingleses o los anglófonos estarán tramando otro nuevo atentado contra nuestras tradiciones ancestrales. Casi todas inventadas, como demuestra Fusi.

No estamos descalificando, pues, una obra muy importante, necesaria, amena, utilísima como panorámica del pasado y advertencia sobre lo que nos espera si escogemos los caminos equivocados y no aprendemos de la historia. Al contrario. Lo que decimos es que se nos queda corta. O mejor, cortada. Al nacionalismo, y con muchas más razones después de leer el libro, no se le puede conceder ni un centímetro de excusa en tanto que se proponga construir naciones identitarias y no sociedades democráticas. Y, siguiendo a Fusi, percibiendo su ansiedad por comprender y ser comprendido, por explicar que ser no nacionalista no significa ser antinacionalista (pág. 316), pareciera que todos sus argumentos estuvieran lastrados por una culpa implícita, por la necesidad de convencer a los nacionalistas de que quienes no lo son también tienen derecho a la existencia, de que es posible no ser nacionalista sin caer en la abyección.

Y sin embargo, debieran ser los nacionalistas los que pidieran perdón. Ahí es donde le falta contundencia a *Identidades proscritas* para denunciar lo paleolítico del nacionalismo, la estulticia criminal de quienes alzan fronteras y empalizadas entre la sidra y el vino, entre el txistu y la dulzaina. De quienes sobre semejantes idioteces, con perdón, han sido capaces de levantar tanta mentira, tanto horror, tanto odio.

JAVIER ORRICO

## La España convertida al islam

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ MAGDA  
**La España convertida al islam**  
Ed. Altera, Barcelona, 2006, 170 pág.

Pongamos una simple pregunta para introducir al lector de este estimulante libro en alguno de sus meollos conceptuales: si el islam sentencia la apostasía con la pena de muerte, ¿puede un musulmán español cambiarse de religión o hacer pública confesión de ateo?

La respuesta, que es evidente para cualquiera que reconozca y acate la Constitución española, no se antojaría tan fácil en el seno de una comunidad islámica occidental cualquiera, donde como mínimo se organizaría un enconado debate. Como la autora de esta obra recuerda oportunamente, ya en 1999 el

ministro del interior francés Jean-Pierre Chevènement hubo de retirar de su proyecto de normalización del culto musulmán un artículo que consagraba «El derecho de toda persona a cambiar de religión o de convicción». Lo hizo cediendo a las presiones de la organización fundamentalista UOIF (Unión de Organizaciones Islámicas de Francia). De ese modo, un texto que estaba llamado a tener rango de ley ignoraba deliberadamente un derecho fundamental recogido por la Declaración Universal de los Derechos Humanos y por la propia Constitución francesa. Éste no es sino uno de los muchos ejemplos de cómo la reivindicación del derecho a la diferencia por parte de un grupo social determinado —los musulmanes en este caso— puede socavar irreparablemente el imperio de la ley y el contrato social básico de todo Estado democrático: la libertad y la igualdad de sus ciudadanos.

El rápido desarrollo que el islam ha experimentado en España en la última década, debido principalmente a factores migratorios, tiene su antesala y su punta de lanza en la introducción de esta religión a mediados de los setenta por parte de un pequeño grupo de conversos. En la primera parte del libro, la autora detalla la evolución, entre anecdótica y folklórica, de este neo-islam español trufado de delicuescencias andaluzas, de filosofía orientalista de rebajas, y de mucha contracultura tirando a *hippie*. Lo encabeza un personaje algo siniestro y algo tragicómico, el escocés Ian Dallas, alias Shaykh Abd al-Qadir al-Murabit, firme sospechoso de simpatías pronazis y de haber desviado pingües fondos islámicos cobrados a Arabia Saudí para comprarse

un castillo en Escocia. Tras la muerte de Franco, Dallas introduce en España la secta de los Morabitún, instalada primeramente en Córdoba bajo el nombre de «Sociedad para el Retorno del Islam a Al Ándalus». De este movimiento antisistema-ácrata-neoislámico provienen algunos de los más destacados conversos del primer islam español, como Jadicha Candela (diputada del PSOE y cuñada de Joaquín Almunia), Abdelkarim Carrasco o Mansur Escudero.

Es precisamente este último quien tendrá mayor protagonismo en la posterior evolución del nuevo islam político español, tras escindir-se del grupo de Ian Dallas y liderar un movimiento de conversos que, a través de la Junta Islámica ubicada en Almodóvar del Río (Córdoba), se expresa mediante la revista *Verde Islam* y la influyente página *Webislam*. En ella colaboran los más destacados ideólogos del islam converso español, personajes curiosos, heterodoxos e inquietantes como Abdennur Prado, El Mehdi Flores o Abdelmumin Aya.

Por encima de todo este incipiente grupo planea la espesa sombra de aquel a quien la autora denomina «padre ideológico del movimiento musulmán español»: el ex-militante de acción católica, ex-comunista y negacionista del Holocausto Roger Garaudy, fascinado por el carácter revolucionario e igualitario del islam: «La comunidad —afirma— no se basa en una “declaración de derechos humanos”, sino en la *revelación* de sus deberes» (pág. 50). Pocos años antes de la caída del Muro, cuando el marxismo agonizaba sin remedio, el discurso de Garaudy hizo buen caldo con el liote anticapitalista, orientalista y contracul-

RESEÑAS

tural del que procedían muchos de los nuevos conversos. Y cómo no citar entre sus discípulos al inefable Abderramán Medina, ex-seminarista, ex-comunista y pionero del nacionalismo andaluz, envuelto en 1985 en una acusación de espionaje para Marruecos (pág. 30), país gracias a cuya financiación funda la Yamaa Islámica de al Ándalus y la Universidad Islámica Averroes de Córdoba. Arbitristas e ideólogos todos ellos de un islam más bien imaginado, idealizado hasta el delirio, interpretado con anchurosa manga, en muchos casos huérfano de algarabía, su producción intelectual va desde el disparatado *Islam para ateos* de Abdelmumin Aya, hasta la delirante defensa del matrimonio homosexual islámico de Abdennur Prado, pasando por la falaz reivindicación de la poligamia de Mansur Escudero o Jadicha Candela (cuyas pretensiones justicieras desmonta magníficamente la autora, págs. 93-95). Todo ello bien salpimentado con la clásica sopa de soflamas *multicultis*: aceptación acrítica y obligatoria de la diversidad; justificación de todo linaje de disparates envueltos en el biempensante celofán de la *cultura*; autoinculpación por las *culpas genéricas* de Europa; insistencia imaginaria y enfermiza en la irrevocable «decadencia de Occidente»; empeño constante en exculpar al «verdadero islam» de cualquier tipo de defecto o mácula, etc. Aunque la autora se esfuerza en aclarar que los conversos no son gente inquietante ni peligrosa, no duda en calificarlos –con toda justicia– de reaccionarios recalcitrantes: «no se puede minimizar su responsabilidad como cabeza de lanza e introductores de una imagen asimilable, que

encubre mensajes utilizados en beneficio propio por los sectores más integristas» (pág. 20).

En efecto, a finales de los 80 estos neomusulmanes españoles se aglutinan en torno a la FEERI (Federación de Entidades Religiosas Islámicas); pero su pretensión de erigirse en interlocutores únicos del fenómeno islámico empieza a frustrarse con la aparición y competencia de la UCIDE (Unión de Comunidades Islámicas de España), que agrupa a musulmanes de origen emigrados a España, bajo la presidencia del sirio Riay Tatory, fundador de la popular mezquita de Estrecho en Madrid y muy próximo a los Hermanos Musulmanes. Era cuestión de tiempo que ambas organizaciones tuvieran una relación desconfiada y tormentosa, ya que los musulmanes inmigrados contemplaban a los conversos como unos advenedizos heterodoxos cuyas pretensiones de *reelaboración* de un islam *reinterpretado* les parecían descabelladas. ¿Acaso ignoraban nuestros conversos que a un teólogo musulmán de la talla de Mahmud Muhammad Taha lo habían colgado en plaza pública de Jartum por *reinterpretar* las fuentes del islam? ¿No sabían cómo se las gastaron los árabes con el escritor egipcio Taha Husayn por tener la osadía de *reinterpretar*? ¿No habían leído a Ibn Battuta, que cuando visita África o Asia sólo se fía de los árabes que encuentra y desconfía del islam de los naturales del país?

No obstante sus diferencias, ambos grupos logran fundar en 1992 la CIE (Comisión Islámica de España), al calor de las subvenciones otorgadas por el Acuerdo de Cooperación firmado aquel



mismo año, que entre otras cosas facultaba a los contribuyentes musulmanes a destinar a su confesión parte de sus impuestos. En enero de 2006, en fin, la historia de este matrimonio de conveniencia experimentó un vuelco radical, cuando los conversos afines a Mansur Escudero perdieron el control de la FEERI, ahora en manos de una directiva de corte fundamentalista wahabita, cortada a la medida de su patrón saudí.

Ahora bien, si algo tenían en común ambos grupos, si en algo encontraron los musulmanes de origen el campo roturado y bien abonado para la expansión por parte de los conversos, es en la imagen del islam que ha terminado por instituirse en *tótem* de la corrección política: esa «imagen asimilable» de la que habla la autora y que proclama a los cuatro vientos que el islam es «paz», que el islam es «tolerancia» y afortunado crisol de culturas. Notemos de paso que de ahí al lema de los Hermanos Musulmanes «el islam es la solución» no hay más que un paso que muchos no han vacilado en dar. Dicha imagen se nutre esencialmente de la idealización acrítica de Al Ándalus, basada en los mitos de la penetración y la coexistencia pacíficas; de la confusión

interesada entre la cultura árabe y el islam y de la absoluta ignorancia de los logros de la Ilustración, de la Revolución, del liberalismo y la modernidad, escondidos tras la imagen machacona de un Occidente corrupto, desgastado y colonialista. A tal empresa suicida han colaborado con entusiasmo transido de estrictos intereses personales escritores y figurones de la ficción ideológico-literaria como Antonio Gala, Juan Goytisolo o Sánchez Ferlosio (pág. 74). Esta imagen se ha configurado como un inevitable «lugar común, repetido hasta la saciedad, justificado por el temor a incurrir en cualquier incorrección política» (pág. 73) y del cual se encuentran ideológicamente prisioneras nuestras clases políticas y dirigentes. Dudar de ella equivale cada vez más a ser tachado de islamófobo. Y ser tachado de islamófobo equivale a lo que todos sabemos.

De la institución de dicha imagen falseada al trágala del comunitarismo ya hay tan sólo un paso, que la autora denuncia con claridad y lucidez meridiana: si usted es liberal / demócrata / tolerante, entonces habrá de aceptar las diferencias que comporta la convivencia con otras culturas: la poligamia que defiende Mansur Escudero, por ejemplo; o que las niñas sean obligadas a ir con velo a las escuelas públicas; o que los sexos sean segregados para las clases de natación o de gimnasia. Esto es: si usted es liberal / demócrata / tolerante, entonces por fuerza tendrá que aceptar todo aquello que conspira y destruye la tolerancia, el liberalismo y la democracia (ciudadanos *libres e iguales*, no lo olvide). He aquí el bucle ominoso del pensa-

### *Cuadernos de pensamiento político*

miento débil; la nada intelectual travestida de entidad; la soflama y el eslogan elevados al altar del pensamiento que nos brinda un discurso multiculturalista tras el cual se encuentran realidades tan ominosas como los consejos del imán de Fuengirola.

El libro de Rosa María Rodríguez Magda, en fin, da mucho más de lo que promete, pues no es una simple descripción de la historia del islam en la España contemporánea, sino un lúcido e implacable análisis de los desafíos que el islamismo militante va a plantear irremediablemente a nuestro país y a todos los países de Europa en los próximos lustros. Dichos desafíos se plantearán siempre apelando a unas libertades contra las que inevitablemente se pretenderá conspirar. La autora guarda sus mejores armas para la segunda parte de la obra, donde desenmascara con gran inspiración y clarividencia los principales puntos de conflicto que se avecinan: el comunitarismo multiculturalista; la discriminación de la mujer como garantía del honor del hombre; la permanente aspiración del islam a apropiarse de los espacios públicos; la claudicación ante el integrismo con el fin de frenar el terrorismo, etc. Es una grata sorpresa comprobar cómo poco a poco van apareciendo obras que teorizan sobre el islam desde una perspectiva ilustrada, liberal y sin complejos, en tanto nuestros arabistas siguen ensimismados en sus taifas, unos con su silencio acobardado y lamentable, otros encastillados en una permanente militancia proislámica que ha convertido muchas de nuestras universidades en laboratorios de antisemitismo.

Desde las primeras páginas de la obra vienen a las mientes dos expresiones que la autora se reserva para el final: lamentablemente, nuestros conversos han resultado ser unos tontos muy útiles para los lobos disfrazados de corderos que en los últimos meses les han echado del machito. ¿De veras pensaban que los islamistas llegados de fuera llegarían a tomarlos en serio? ¿A tal extremo alcanzaba su entusiasmo por la causa? ¿No han acabado siendo los convidados de piedra de una función que ellos montaron y que sin ellos prosigue? Ciertamente, al contemplar esta dudosa peripecia travestida de espiritualidad y entusiasmo trascendente –siempre a la sombra de los dineros saudíes, libios y marroquíes–, no podemos evitar recordar la poderosa actualidad que día a día adquiere la sentencia pronunciada por Salustio hace más de veinte siglos: «Son pocos los que quieren la libertad. La mayoría tan sólo pretende tener un amo justo».

PEDRO BUENDÍA

## Tonterías económicas

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

### **Tonterías económicas**

Lid Editorial, Madrid 2006, 159 págs.

En una de sus mejores letras, Sabina reconoce que «es mentira que más de cien mentiras no digan la verdad». Pues bien, a veces esa verdad es más bien

falaz. Éste es el caso del capitalismo. Según la opinión predominante, es el culpable de la miseria, la desigualdad, la colonización y el calentamiento de la Tierra. Ni las cifras de renta *per cápita*, ni el incremento de nivel de vida y reducción de la mortalidad infantil, pueden refutar semejante dogma de fe.

Aun así, la gente, como consumidora, es más bien pecadora porque acepta de buen grado que cada día haya más variedad de productos y que los precios caigan, gracias a la competencia. E incluso, privadamente, critican la ineficiencia estatal.

De hecho, si a ustedes les roban el coche, como contaba en otro lugar Carlos Rodríguez Braun, seguro que dejan de creer en la omnipotencia estatal. Cuando se encontró con que de su vehículo quedaba poco menos que las huellas de las llantas y lo denunció ante la policía, nadie le devolvió lo que le habían arrebatado. El Gobierno tampoco le resarcó por incumplir con su deber de proteger la propiedad privada, como establece la Constitución. En cambio, su aseguradora cumplió con sus obligaciones. ¿Acaso un contrato es más vinculante que una Carta Magna?

A pesar de la cantidad de ejemplos en que el capitalismo demuestra su superioridad, todavía arrastra una pésima fama gracias a la continua difamación de la que es objeto. Entre los responsables de que la calumnia prevalezca, se encuentran personajes tan conocidos como Millás, Saramago, Haro Tecglen, Estefanía o el mismísimo Zapatero, quienes, no salen precisamente bien parados en este libro.



Entrando en materia, podemos comenzar con una cita del inefable presidente del Gobierno quien sostuvo que mientras «la derecha presume de crecimiento económico» a él le «preocupa el crecimiento social». El profesor Rodríguez Braun aclara que lo que el jefe del Gobierno pretende es dar fe de que «los socialistas quieren arrebatarse» a los ciudadanos «más que los populares» ya que tal objetivo [el crecimiento social] sólo es posible alcanzarlo utilizando «la coacción». En el fondo del alma progresista, como vaticina el autor, late un tirano en potencia, dispuesto a expoliar al individuo y seguir haciéndolo apelando para ello al bien común, o incluso, llegado el caso, hasta a la solidaridad interestelar—Como decía un colectivo de «concienciados» izquierdistas, «sobran los motivos». El objetivo es claro. Empezar una cruzada contra la libertad de las personas de perseguir sus fines, de vivir como les plazca. Semejante actitud es propia de un egoísta, como se pueden imaginar, y a nadie se le escapa que este mundo que algunos, como Rodríguez Braun y el que suscribe estas líneas, defendemos, está del revés.

RESEÑAS

### *Cuadernos de pensamiento político*

En ese universo desordenado, asegura otro socialista destacado, el uruguayo Eduardo Galeano, se «desprecia la honestidad, castiga el trabajo, recompensa la falta de escrúpulos y alimenta el canibalismo, y sus maestros calumnian a la naturaleza: la injusticia, dicen, es ley natural». Coronando semejante alarde descriptivo, otro célebre escritor, eso sí, abanderado no del comunismo como el autor de *Las venas abiertas de Latinoamérica* sino del islamismo, el español Goytisolo, ha sentenciado que «la lucidez no vale gran cosa frente a las leyes del mercado».

Por supuesto que, estando las reglas tan claras, es de suponer que debe prevalecer la estupidez. Quizás eso explique por qué el mercado premia a quienes más practican la demagogia, como este autor. A pesar de ello, siguen creyendo que «la gente es idiota». Como subraya Carlos Rodríguez Braun, el que las personas puedan elegir libremente, les molesta sobremanera, pero «cuando la política obliga a la gente a hacer las cosas, eso no es cruel sino amable y lúcido».

En este punto, *Tonterías económicas* consigue ofrecer una exposición muy clara de la adoración religiosa que profesan los clérigos de la cultura hacia la política. A ella la alaban porque atiende al interés general y porque es neutral. Cuantos más medios se destinen a lo público, mejor estaremos todos, viene a ser la medida estrella de su programa. La libertad, por el contrario, es un obstá-

culo para que la sociedad avance en bloque hacia el progreso.

Hasta a aquellos a los que algunos denominan como héroes, «el campesino Bové y el subcomandante Marcos», como hizo Ramonet, distan mucho de ser epígonos de la virtud. El mejicano, apunta Braun es «un astuto impostor que utiliza los indígenas y agita los fantasmas del antiliberalismo» y el otro, «un enemigo del tercer mundo que no acepta que los países pobres vendan aquí sus mercancías». Lo único que le faltó, fue recordar que Bové es un delincuente, condenado por destruir cultivos transgénicos y quemar un McDonald's en la ciudad francesa de Millau. Probablemente, a Ramonet le atraiga del francés su lucha «contra la comida basura y la globalización». En similares términos, el diario francés *Le Monde*, del cual Ramonet es colaborador, elogiaba la lucha de Bové contra «la hegemonía comercial de McDonald's» porque «amenaza nuestra agricultura, y su hegemonía cultural arruina de forma insidiosa nuestros hábitos alimenticios». Aunque es más que posible que ustedes sean unos fans de la *Big Mac* y no consuman esta basura ideológica que perjudica seriamente la salud mental. *Tonterías económicas* es una buena vacuna para evitar convertirse en un reaccionario antiglobalización y, sobre todo, para descubrir a quienes le quieren tratar como un imbécil.

GORKA ECHEVARRÍA ZUBELDIA